

## PERÍODO PRECOLOMBINO

## LA ÚLTIMA VERSIÓN DE UNA OBRA DE RIVET

LA séptima edición de la obra clásica de Paul Rivet, *Les origines de l'homme américain* (Gallimard, Paris; 184 págs., XVI láms., 21 mapas y figs.) lleva fecha de 1957, es decir, es poco anterior a su muerte. En cierto modo, constituye el testamento científico de ese gran etnólogo, pues se refiere al tema que se halla en la cima de la americanística y al que todos los investigadores, por un camino u otro, van a parar.

En esta obra, Rivet sigue siendo fiel a las hipótesis que él contribuyó, acaso más que nadie, a que tomaran forma y se divulgaran, en una época en que el aislacionismo imperaba, custodiado por aquel otro gigante que fue Ales Hrdlicka. Pero, naturalmente, recoge una serie de datos nuevos, que en algunos casos refrescan sus teorías.

Después de reseñar la hipótesis de Wegener, reconociendo que su aceptación no influye en la cronología y caminos del poblamiento americano, dedica un capítulo a la antigüedad del hombre en América. El breve resumen no refleja tal vez la tremenda vitalidad que hoy tienen en el Nuevo Mundo las investigaciones arqueológicas en busca de vestigios del llamado paleoindio o *early man*, y muy pocos de los grandes yacimientos de Norteamérica son citados, silenciándose también todo el sistema del profesor Menghin para Sudamérica. Tras aportar algunos de los datos ofrecidos por el análisis del C. 14, Rivet propone para la aparición del hombre en América, la fecha de 20.000 años, aceptando, pues, un poblamiento relativamente reciente.

El capítulo III de la obra es interesante, pues plantea la tesis del sabio francés frente a otras teorías que dominaban el campo de la ciencia, en especial lo que hemos llamada escuela norteamericana bajo la dirección de Hrdlicka. Rivet ataca la afirmación de que los americanos forman una raza única, tienen una civilización con rasgos comunes y hablan lenguas afines. Al mismo tiempo, aunque aceptando que la puerta de Bering debió ser usada por buena parte de los inmigrantes primitivos, se hace evidente que la simple definición de los americanos como asiáticos o mongoloides no satisface. Rivet analiza los datos sobre reacción sanguínea, que muestran grandes discrepancias entre americanos y asiáticos, y hace resaltar el escaso resultado obtenido por la comparación entre las lenguas de uno y otro continente.

Dispuestos, pues, a buscar las otras raíces del hombre americano, Rivet analiza el caso de los esquimales, cuyas afinidades uralias parecen evidentes. Y concluye suponiendo que los uralios o protouralios vivían en el sur de Asia y fueron empujados hacia el norte adaptándose al clima ártico y dirigiéndose unos hacia Europa y otros hacia el Nordeste; al penetrar estos últimos en América, darían lugar al pueblo esquimal. De este modo se explicarían las afinidades europeas de los esquimales y ciertos parentescos lejanos que se les ha buscado con los pueblos *munda* de la India.

Entrando ya en las poblaciones que supone viejas en América, Rivet razona una de sus hipótesis preferidas, la de la presencia de los australianos. Con argumentos bien conocidos, pues hace más de treinta años que ha venido repitiéndolos, tras usar datos antropológicos, etnográficos y lingüísticos (son especialmente sugestivas las comparaciones entre el vocabulario australiano y el *chon*), Rivet llega a la conclusión de que no puede negarse la presencia en América de un elemento australiano, localizado en el extremo meridional. No se le oculta a este autor la enorme dificultad de explicar el fenómeno, para el que está dispuesto a aceptar la audaz hipótesis de Mendes-Correa. La considera verosímil y busca nuevos argumentos para apoyarla, incluso los cambios climáticos de épocas recientes. Además, el foco de dispersión de los australianos se hallaría cerca del de los uralios, antepasados de los esquimales, y de este modo tendríamos la explicación de ciertos parecidos entre la lengua de los yaganes y la esquimal.

Un terreno más firme pisa Rivet cuando nos habla de los melanesios en América. Antropología (con el tipo paleoamericano o de Lagoa Santa), Etnología y Lingüística proporcionan argumentos abundantes y convincentes. Incluso la presencia de ciertos parásitos intestinales y algunas enfermedades, señalan el camino por mar, desde la Melanesia. Para la inmigración melanesia Rivet se atreve a dar una fecha: unos 4.000 años (la australiana sería de hace unos 6.000 años) y a sugerir que se realizó en varias oleadas y que llegó por la península de California y por la costa de Colombia. Sin embargo, Rivet combate las opiniones de Eckholm y de Heine-Geldern, que aceptan la influencia asiática a través de Oceanía y concretamente la del Sudeste de Asia y China sobre la cultura maya. Con razón dice el autor francés que no se explicaría que esos inmigrantes no hubiesen enseñado a los mayas el arroz, el arco, la rueda y la metalurgia; y en cuanto al argumento de que la no utilización de la rueda por los americanos se debe a la falta de animales de tiro, Rivet, con cierta sorna, pregunta cómo es posible que un habituado a la cultura oriental como Heine-Geldern haya olvidado el papel de la tracción humana en China y en Indonesia.

Muy personal es también el capítulo VII, en que Rivet trata de demostrar la presencia de un elemento blanco y de un elemento pigmeo en América, reuniendo para ello gran cantidad de noticias. Otro capítulo se dedica al estudio de los normandos en América. Por último, el capítulo X está consagrado a las relaciones comerciales entre la Polinesia y América, de las que encuentra pruebas en la cultura, la lengua y las tradiciones. Analiza el caso de la batata y sus nombres, del hacha "*toki*" y de otros elementos (algodón, coco, etc.). Rivet está dispuesto a admitir la autenticidad de los viajes de América a Polinesia en las balsas peruanas, que Heyerdahl ha defendido.

En sus conclusiones, el autor insiste en el papel de las emigraciones por mar, en que el Nuevo Mundo fue ya en la época prehistórica un centro de convergencia de razas y pueblos, al igual que lo ha sido en época histórica, y en el alto valor de la cultura indígena americana, que había alcanzado por propia creación una serie de notables invenciones.

No tendría objeto hacer una crítica de las teorías de Rivet. La ciencia americanista avanza tan rápidamente que algunas de las hipótesis del sabio maestro no pueden ya defenderse, mientras otras conservan sólo una parte de su valor. Sin embargo, el libro de Rivet marca un hito en la investigación al resumir todo un conjunto de teorías que se mantendrán sin duda durante mucho tiempo y de las que no puede prescindirse cuando se trata de buscar claridad en un problema tan oscuro y tan lleno de posibilidades todavía como es el de los orígenes del hombre americano.

L. PERICOT

## EL PROBLEMA DE LAS ISLAS GALAPAGOS

**E**N el candente problema de las posibilidades que los habitantes de las costas del Perú y del Ecuador tenían como navegantes, las islas de los Galápagos pueden tener valor decisivo. Si aquéllos pudieron arribar a las mismas, a pesar de la distancia de unos mil kilómetros que las separan del continente, habremos de aceptar como posible el contacto de América con la Polinesia en sentido Este-Oeste, con todo lo que esto significa. Si estas islas no contienen vestigios de los antiguos peruanos, entonces podemos arrinconar todas las hipótesis de navegaciones oceánicas desde las costas del imperio incaico.

Ya Rivet, basándose en el cronista español Velasco, había supuesto la autenticidad de los viajes peruanos a las islas. Más tarde las polémicas sobre este caso siguieron y era natural que Thor Heyerdahl, lanzado a la polémica científica, tras la arisca recepción que los especialistas dispensaron a sus teorías y concretamente a su voluminoso libro "American Indians in the Pacific", se decidiera a organizar por su cuenta una expedición a las islas Galápagos, que aclarase de una vez el problema. El gobierno ecuatoriano concedió el permiso necesario para que la expedición noruega pudiera desembarcar en el Archipiélago de Colón, que es el nombre que el general Villamil le dio en 1832. Desde el 19 de enero al 18 de marzo de 1953 la expedición Heyerdahl trabajó en las islas. Acompañaban al audaz navegante, el norteamericano E. K. Reed y Arne Skjölsvold, de la Universidad de Oslo.

Los expedicionarios descubrieron varios yacimientos arqueológicos, ricos sobre todo en cerámica y con alguna pieza de piedra y algún raspador de obsidiana. En la isla de Santiago los yacimientos se hallaban en Buccaneer Bay y en James Bay; en la de Santa Cruz, en Whale bay; en la Floreana, en Black beach. Posteriormente se hallaron algunas cerámicas en Cabo Colorado (isla de Santa Cruz).

Thor Heyerdahl y Arne Skjölsvold, después de hacer la descripción de los lugares, estudian el material cerámico (*Archaeological evidence of pre-spanish visits to the Galapagos Islands*, *Memorirs of the Society for American Archaeology*, *American Antiquity*, vol. XXII, 2, parte 3, octubre, 1956). En los once campamentos que en total se excavaron se reunieron hasta dos millares de fragmentos cerámicos, de los que una buena parte pudo identificarse como cerámicas procedentes de la costa del Perú y del Ecuador y claramente dentro de las series precolombinas. Podríamos, pues, deducir que las islas se visitaron en tiempos prehistóricos, tanto partiendo de la costa peruana como de la ecuatoriana.

Sin embargo, no hay señales de ocupación permanente: enterramientos o casas, lo que prueba que se trataría sólo de ocupaciones temporales, probablemente para pescar. En la actualidad acuden los ecuatorianos a las ricas pesquerías de la zona del archipiélago e igual ocurrió en épocas prehistóricas desde el período de Gallinazo.

A mediados del siglo pasado, C. J. A. Skogman (*Fregaten Eugenies resa omkring jorden åren 1851-1853*, 2 vols., Estocolmo, 1854), habla de las grandes balsas de troncos con velas que desde Paíta llevaban grupos de pescadores a las Galápagos, continuando una tradición de tiempos remotos.

En relación con ello es del mayor interés el descubrimiento por J. B. R. Hutchinson, R. A. Silow y S. G. Stephens (*The evolution of Gossypium and differentiation of the cultivated cottons*, London, 1947) de que el algodón encontrado en las islas Galápagos tiene un origen preeuropeo y llegó de la costa del Perú, donde se cultivaba. Como no es probable que en las islas se introdujese con propósito de cultivo, se ha supuesto que las semillas llegarían con el algodón para hilar, actividad constante, a veces a cargo de los hombres, en el Perú arcaico.

Que los desembarcos fueron múltiples lo prueban los diversos tipos cerámicos que por lo general (salvo en algunos vestigios de períodos anteriores, como el Gallinazo) van desde el estilo Tomaval o tlahuanaco costero, al estilo La Plata (chimú) hasta el Estero (Chimú-Inca) aparte las cerámicas de origen ecuatoriano.

Debieron ser siempre pequeños grupos de pescadores, acaso con mujeres, residiendo allí cortas temporadas. Pero es suficiente todo ello para asegurarnos que en la época de tiahuanaco el arte de la navegación estaba lo suficientemente desarrollado para permitir alcanzar unas islas situadas a un millar de kilómetros de la costa.

Precisamente, con motivo de la expedición a las islas Galápagos, Heyerdahl, con ayuda del conocido alcalde de Guayaquil, gran mecenas de la Arqueología, Emilio Estrada, probó el gobierno de las balsas por medio de *guaras*, una especie de planchas colocadas entre los troncos de la balsa que podían levantarse a voluntad, modificando así la dirección de la misma como un rudimentario timón. (Véase sobre este tema, W. Gretzer: *Die Schifffahrt in alten Peru von der Entdeckung*, Mitteilungen Römermuseum, Hildesheim, n.º 24, Hanover, 1914. — S. K. Lothrop: *Aboriginal navigation of the West Coast of South America*, Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland, 62, Londres, 1932. — Thor Heyerdahl: *En gjenoppdoget Inca-kunst: Guara metoden som lar fløiter krysse og jibbe unten ror eller styreare*. Teknisk Ukeblad, n.º 48, Oslo, 1954, p. 1039. — Del mismo: *The Balsa raft in aboriginal navigation of Peru and Ecuador*. *Southwestern Journal of Peru and Ecuador*. *Southwestern Journal of Anthropology*, 11, 3, Albuquerque, 1955, p. 251. — E. Estrada: *Balsa and dugout navigation in Ecuador*, *The American Neptune*, 15, 2, Salem, 1955, p. 142).

La noticia de la expedición de Heyerdahl despertó gran curiosidad en los medios científicos y ha sido muy comentada. A. Metraux publicó una nota, *Découvertes archéologiques aux Iles Galapagos*, en el *Journal de la Société des Americanistes de Paris* (XLII, 1935, p. 417). En general, no se ven razones para invalidar, en este caso concreto, el criterio de Heyerdahl. Pero entre las voces contrarias queremos destacar la de Sig Ryden, quien en sus artículos *Did the indians in Chile know the use of sails in precolumbian times?* (*Southwestern Journal of Anthropology*, 12, 2, Albuquerque, 1956, p. 154) y *Guara navigation: Indigenous sailing of the andean coast* (Ibidem, 13, 2, 1957, p. 134) sostiene que la vela era desconocida en la costa del Perú antes de Colón y que las guaras no tuvieron la misión que Heyerdahl supone. Reiterando estos puntos de vista, en la nota que dedica al trabajo de Thor Heyerdahl y Arne Skjöldsvold concluye que las Galápagos no se visitaron hasta después de la conquista y por tanto la cerámica hallada no es antigua (la nota, en *American Antiquity*, XXIV, 1, 1958, p. 89).

A esta radical opinión contesta (Ibidem, p. 189) el conocido especialista Clifford Evans, al que no puede negarse su condición de experto en cerámicas ecuatorianas y peruanas reiterando que las halladas en las islas Galápagos son precolombinas y que lo mismo cabe sostener del algodón que en ellas se encuentra.

Creemos que no es posible poner en duda la opinión de Evans. De manera que aceptamos con Heyerdahl que los indígenas de la costa peruana y ecuatoriana conocían la navegación a vela y navegaron repetidas veces hasta un millar de kilómetros de la costa, siglos antes de la llegada de los españoles.

L. PERICOT

MISCELLANEA PAUL RIVET OCTOGENARIO DICATA, XXXI Congreso Internacional de Americanistas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958, 2 vols. (LXII-703 págs.; 903 págs.; con numerosas láms., mapas y figs.).

Hay que agradecer a esa joven y animosa escuela antropológica mexicana que tomara sobre sí la tarea nada fácil de coordinar el esfuerzo de los innumerables discípulos y admiradores de Paul Rivet para presentarle el homenaje de una Miscelánea, de acuerdo con el deseo expresado por el XXXI Congreso Internacional de Americanistas. En la gestación del acuerdo y luego en el Comité organizador figuran dos de nuestros colegas españoles, los profesores Ballesteros Gaibrois y Alcina; presidente y secretario del Comité, sobre el que ha recaído la verdadera tarea, han sido don Pablo Martínez del Río y el Dr. Bosch Gimpera, tan ligados también a España. Si recordamos, como en la biografía que encabeza la obra comentada se apunta, que España contribuyó a salvar la vida del sabio francés en 1941, nadie podrá dudar de como nuestra Patria ha sabido honrar a una gran figura de la Americanística, ligada por múltiples lazos a los países de Hispanoamérica.

La Miscelánea aparece en dos gruesos volúmenes bien ilustrados y tanto por su presentación como por su contenido está a la altura del propósito que la motivó. El número de adheridos es considerable (204) aunque sólo una parte pudo colaborar enviando artículos. Los adheridos españoles son los Sres. Alcina, Ballesteros, Ferrando Pérez, Giménez Fernández, Nieves de Hoyos Sancho, Martínez Santa-Olalla, Pérez de Barradas, Pericot, Ramos y Tudela; de ellos, cinco (Alcina, Hoyos, Giménez, Ferrando y Ramos) colaboraron con trabajos. En conjunto la Miscelánea está compuesta por 14 artículos de temas generales, 8 para Norteamérica, 19 para Centroamérica, 38 para Sudamérica y 19 para la época colonial e indigenismo, o sea 98 en total. Encabeza, naturalmente el tomo I, una biografía y una bibliografía del homenajeado.

Muchos de los trabajos contenidos en esos densos volúmenes son importantes pero no es posible que los reseñemos todos. Entre los trabajos generales destacaremos los siguientes: José Alcina Franch trata de *El vaso con mango y vertedero* (págs. 9 a 16, con 2 figs. y un mapa). La distribución de este curioso tipo es un elemento más que viene a agregarse a los que pudieron pasar del mundo mediterráneo-canario a través del Atlántico, hasta América. Marius Barbeau, en *Migrations sibériennes en Amérique* (págs. 17 a 48, 8 figs.) nos da un cuadro muy vivo a través de mitos, tradiciones y hallazgos, del activo trasiego que se realiza desde hace siglos en la región septentrional del Pacífico; entre Bering y las Aleutianas no hay grandes obstáculos para los audaces navegantes que habitan las zonas costeras y que en todo tiempo han viajado sin dificultad de Asia a América y viceversa. P. Bosch Gimpera da un sustancioso artículo en *Asia y América en el Paleolítico inferior. Supervivencias* (páginas 49 a 76; 4 mapas). El prof. Bosch traza unos sugestivos mapas y se muestra partidario de un poblamiento muy antiguo, ya desde el Paleolítico inferior, cuando acaso las Aleutianas estaban unidas al continente. En el Paleolítico superior sigue la marcha hacia América desde las comarcas occidentales, con Solutrense; creemos que debía haberse prolongado la raíz de algunas de esas culturas paleolíticas hasta el extremo meridional de Africa, con lo que aparecería todavía más patente la gran unidad de las industrias humanas en el Cuaternario. Durante el Paleolítico inferior entrarían las culturas de lascas y nódulos con los fuégidos y láguídos, mientras en el Paleolítico superior serían los cazadores superiores, con el complejo de las puntas Clovis, de las que quedan las supervivencias en los pámpidos y otros grupos arrinconados. Así australianos y melanesios habrían surgido en el Este de Asia dirigiéndose hacia el Océano, mientras otra rama de los mismos pasaba por el Nordeste a América originando las poblaciones australoides y melanosoides del Nuevo Mundo. J. Imbelloni se ocupa de *Nouveaux apports à la classification de l'homme américain* (págs. 107 a 136, 2 mapas) en un trabajo que es sin duda uno de los más interesantes de la Miscelánea. Revisa sus anteriores conclusiones sobre este importante punto y tras estudiar los siriono rechaza la raza huarpida presentada por Canals Frau. Fija la sinonimia de los tipos antropológicos americanos y en un mapa nos da para América del Sur, no sólo la distribución de los tipos fundamentales: fuégidos, láguídos, pámpidos, amazónidos y ándidos, sino las zonas de metamorfismo local (lago-fuégidos mestizados, pámpidos sobre base fuéguida, pámpidos sobre base láguída, pueblos con caracteres pámpidos atenuados, ándidos sobre base láguída, láguídos con influencia amazónica, amazónidos sobre fondo lago-fuéguido). W. Koppers nos da un sugestivo artículo *Autour du problème: Ethnologie et Histoire Universelle*, insistiendo en su criterio difusionista, apoyándose en los estudios de Mac Carthy sobre los indígenas de Australia y de Heine-Geldern sobre el origen de las altas civilizaciones. Siguen los artículos de E. M. Loeb: *The win cult in the Old and the New World* (págs. 151-174); A. dos Santos Junior: *The ecological concept of ethnography* (págs. 181 a 188); T. Tentori: *Rudimenti di arte drammatica fra gli indigeni americani* (págs. 189 a 196); C. F. Voegelin: *Linguistic perimeters in Latin American* (intento de encontrar un criterio nuevo para simplificar la maraña de las lenguas sudamericanas).

Entre los artículos dedicados a Norteamérica destacan los siguientes. R. L. Beals J. A. Hester Jr.: *A Lacustrine Economy in California* (págs. 213 a 217); G. F. Carter: *Is there an american lower Paleolithic?* (págs. 227 a 243, con 8 figuras), insistiendo en la industria de Texas Street y de otras estaciones de San Diego; G. Gjessing: *Petroglyphs and pictography in the coast Salishan area of Canada* (págs. 257 a 275, 13 figs.); J. A. Mason y D. M. Brugge: *Notes on the lower Pima* (págs. 277 a 297 con 7 figs. y 1 mapa); G. P. Murdoch: *Social organization of the Teno* (págs. 299 a 315); G. I. Quimby: *Silver ornaments and the Indians* (págs. 317 a 337, 1 fig.).

La parte dedicada a Centroamérica es muy nutrida, destacando en ella los siguientes artículos. C. A. Burland: *Ethnographic notes on Codex Selden in the Bodleian Library of the University of Oxford* (págs. 361 a 372); A. Caso: *Comentarios al Códice Baranda* (págs. 373 a 389, 9 figs., 4 láms. y 1 lám. en color); F. Chevalier y L. Huguet: *Peuplement et mise en valeur du tropique mexicain* (págs. 395 a 438);

J. García Payón: *Evolución histórica del Totonacapan* (págs. 443 a 453, con 1 mapa); S. Genovés T.: *Estudio de los restos óseos de Cotztlahuaca, estado de Oaxaca, México* (págs. 455 a 484, 4 figs.); P. Kirchhoff: *La ruta de los tolteca-chichimeca entre Tula y Oholula* (págs. 485 a 494 con 2 mapas); W. Krickeberg: *Bemerkungen zu den Skulpturen und Felsbildern von Cozumalhuapa* (págs. 495 a 513, 3 figs.); G. Kubler: *The design of space in Maya architecture* (págs. 515 a 531); G. Kutscher: *Ein von Walter Lehmann Gesammlettes Mexicano märchen und Vokabular* (Mexicano de Chilapa, Staat Guerrero) (págs. 533 a 571); J. L. Lorenzo: *Una hipótesis paleoclimática para la cuenca de México* (págs. 579 a 584); E. Mengin: *Codex maguntiacus* (páginas 585 a 591, 2 láms.), descripción de un nuevo códice sobre papel descubierto en 1954 en Maguncia, probablemente mixteca; H. B. Nicholson: *An aztec monument dedicated to Tezcatlipoca* (págs. 593 a 607, 8 figs.); N. A. Nowotny: *Die Ahau equation 584283* (págs. 609 a 634); A. Ruz Lhuillier: *El juego de pelota de Uxmal* (páginas 635 a 667, 7 figs., 2 láms.); F. Termer: *Geographisch-archäologische bemerkungen über die Gegend von Ixapaco in Südost-Guatemala* (págs. 681 a 700, 6 figs.).

El volumen segundo nos da la magnífica aportación de temas sobre Sudamérica. En él se incluye un notable estudio de H. Baldus, *Contribucão à lingüística ge* con vocabularios xerente, akué-xavante, Kraho y apinage (págs. 23 a 41); Juan Belaief, *The Indian as I met him in Chaco* (págs. 43 a 66); L. Boglar: *Ein Endokannibalscher Ritus in Südamerika* (págs. 67 a 85); J. Comas: *La deformación cefálica intencional en la región del Ucayali, Perú* (págs. 109 a 119); una vez más se ocupa el malogrado arqueólogo J. Emperaire, con su esposa A. Laming, de las excavaciones en concheros, en su artículo *Sambaquis bresiliens et amas de coquilles fuégiens* (pág. 165 a 178); un vocabulario inédito de las islas de Salomón descubierto por él en la biblioteca del Museo Naval de Madrid publica Roberto Ferrando en *Un vocabulario inédito de Sarmiento de Gamboa* (págs. 179 a 185); Wanda Hanke, M. Swadesh, Arian D. Rodrigues: *Notas de fonología mekens*, muy completa documentación sobre este idioma Kupf (págs. 187 a 217); R. Haine-Geldern: *Une nouvelle parallèle entre l'Amérique du Sud précolombienne et l'ancienne Asie sudorientale* (págs. 219 a 226, 6 figuras), en que describe un sarcófago de piedra de San Agustín con detalles que se encuentran en ejemplares de Formosa y de Java; D. E. Ibarra Grasso: *Las formas de contar de los pueblos primitivos y las influencias lingüísticas surasiáticas y oceánicas en la América indígena* (págs. 269 a 295), claro resumen de los numerosos trabajos del autor sobre tan interesante tema; C. Levi Strauss: *Documents tupi-kawahib* (páginas 323 a 338); B. J. Meggers y C. Evans: *Present Status and future problems of archeological investigations in Ecuador* (págs. 353 a 361); A. Metraux y Simone Dreyfus-Roche: *La naissance et la première enfance chez les indiens cayapo du Xingu* (págs. 363 a 378, 3 figs.); Grete Mostny: *Máscaras, tubos y tabletas para rapé y cabezas-trofeo entre los atacameños* (págs. 379 a 392, 3 figs.); M. de L. de Paula Martins: *Vocabulario botocudo de Charles Frederick Hartt* (págs. 405 a 429); R. Pineda Giraldo y Virginia G. de Pineda: *En el mundo espiritual del indio choco* (páginas 435 a 462, 2 figs.), interesante aportación al conocimiento de esa tribu poco estudiada; María J. Pourchet: *Cranios fósseis de Lagoa Santa* (págs. 463 a 469, 2 figuras); G. Reichel-Dolmatoff: *Recientes investigaciones arqueológicas en el norte de Colombia* (págs. 471 a 468); J. H. Rowe: *The age-grades of the inca census* (páginas 499 a 522), notable aportación a la nomenclatura incaica de las clases de edad; Angel Rubio: *Esquema antropogeográfico de Panamá* (pág. 523 a 547, 2 mapas); Carl Schuster: *Human figures with spiral limbs in tropical America* (págs. 549 a 561, 18 figs.); L. E. Valcárcel: *Símbolos mágico-religiosos en la cultura andina* (págs. 563 a 581, 12 págs.); O. Zerries: *Einige Volkerkundliche notizen über die Puñave-Indianer* (págs. 583 a 598, 1 mapa, 11 figs.).

El último capítulo está dedicado a la América colonial folklore e indigenismo. En él anotamos los artículos, entre otros, de M. Bataillon: *Une légende botanique de l'époque des conquistadors: les roseaux géants pleins d'eau* (págs. 601 a 609); P. de Carvalho Neto: *La Rúa, una danza dramática de moros y cristianos en el folklore paraguayo* (págs. 617 a 644, 6 figs.); J. M. B. Farfán: *En torno al folklore aborigen peruano. La leyenda de canales de agua en la arqueología, la Historia y el folklore* (páginas 661 a 682); J. Friede: *Problèmes de colonization de l'Amazonie colombienne* (págs. 683 a 698); E. de Gandía: *La insurrección de los negros de Coro en 1795* (págs. 695 a 699); Manuel Giménez Fernández: *Ultimos dias de Bartolomé de las Casas* (págs. 701 a 715); Nieves de Hoyos Sancho: *Una fiesta peninsular arraigada en América: los moros y cristianos* (págs. 717 a 731, 2 figs.); A. Jara: *Importación de trabajadores indígenas en Chile en el siglo XVII* (págs. 733 a 763), curioso estudio del traslado forzoso de huarpes a Chile; Efraim Morote Best: *La huida mágica. Estudio de un cuento popular del Perú* (págs. 797 a 848, 2 mapas), mostrando la difusión por todo el mundo de un relato popular muy difundido; F. Ortiz: *Las ma-*

las palabras en los sacrioloquios afrocaribios (págs. 849 a 856); D. Ramos: *El etnógrafo Gumilla y su grupo de historiadores. Nuevos datos sobre las obras misionales de éstos al mediar el siglo XVIII* (págs. 857 a 869), que constituye una nueva importante aportación al conocimiento de la obra del erudito cronista y buen etnógrafo español del siglo XVIII; Silvio Zavala: *Vida social hispanoamericana en la época colonial*, en que el concienzudo historiador mejicano nos da un cuadro de algunos aspectos de la vida social, como primicias de una vasta obra sobre el tema que se halla en preparación.

El sucinto relato que hemos hecho basta para convencernos de que nos hallamos ante un conjunto de extraordinario mérito en que aparecen aspectos los más diversos de esa compleja ciencia americanista de la que Paul Rivet fue maestro y propulsor incansable y que contribuirá a que su memoria se perpetúe para las generaciones que no podrán conocerle personalmente.

L. PERICOT

PEREZ DE BARRADAS, José: *Orfebrería prehispánica de Colombia. Estilos Tolima y Muisca*. Madrid [Talleres Gráficos "Jura"], 1958, 2 vols. (I: Texto: XV, 385 págs., 1 hoj., 10 láms. en color y 15 en negro, 1 mapa; II: Láminas: 20 págs., 287 láminas en blanco y negro).

A base de las riquísimas colecciones custodiadas en el Museo del Oro, del Banco de la República, en Bogotá, el autor —ya conocido por sus anteriores investigaciones sobre la etnología y la arqueología de la Colombia prehispánica— hace en esta obra un profundo y amplio estudio de la orfebrería perteneciente a los estilos Tolima y Muisca. Ya en 1954, él mismo dio a conocer un importante trabajo sobre el estilo Calima, y ahora anuncia un tercer tomo de la obra que aquí se comenta, que contendrá el análisis y descripción de las piezas quimbayas y sinús, y que completará el estudio de toda la orfebrería colombiana prehispánica.

El estudio del estilo Tolima ocupa toda la parte primera de la obra, cuya segunda parte se consagra al estilo Muisca. Uno y otro pueden relacionarse entre sí y distinguirse de los demás por el extraordinario grado de esquematización que ofrecen sus piezas, así como por la pobreza de sus formas y la casi total ausencia de sentido ornamental que ambos muestran. Frente a la suntuosidad y recargamiento barroco de los objetos calimas, por ejemplo, el estilo muisca sorprende por la sobriedad y esquematismo de sus piezas, las cuales muestran, sin embargo, un dominio de la técnica metalúrgica en los artifices que las fabricaron, muy superior, a veces, al que revelan los objetos del estilo calima.

Acertado parece el método seguido por el autor al referirse a estilos y no a culturas. El propio autor lo razona abundantemente en la Introducción de su libro, donde abunda con frecuencia en las tesis sustentadas por Meyer Shapiro en su conocida obra *Style*. Interesa subrayar, no obstante, que el autor abre sus respectivos trabajos sobre lo tolina y lo muisca con sendos capítulos dedicados a exponer las respectivas zonas geográficas, situación y descubrimiento de los yacimientos e incluso la historia de los diversos hallazgos realizados en cada caso. En el del estilo muisca, este capítulo de antecedentes y visión general de la cultura ofrece mayor amplitud y más extenso contenido, y ello no es de extrañar si se tiene en cuenta que la cultura muisca es, quizá, la que mejor se conoce de todas las prehispánicas de Colombia, conocimiento al que Pérez de Barradas contribuyó ampliamente con un importante estudio.

Pero no se trata ahora de estudiar las culturas, sino los estilos artísticos. Tal proyecto se realiza en esta obra mediante el análisis, descripción, consideración estética, procedencia, tipología y técnica de los objetos, e incluyendo, además, dos capítulos destinados, respectivamente, al estudio del origen y difusión de las orfebrerías tolina y muisca. A este respecto, y refiriéndose, en primer término, al estilo tolina, el autor considera probable que el foco originario y principal de éste se halle en el alto valle del Saldaña, ya que es allí donde aparecen sus tres yacimientos principales: Chaparral, Río Blanco y Campohermoso. En cuanto al origen de la orfebrería muisca, no es posible afirmar nada definitivo, aunque resulte probable que su aparición no se produjo durante la estancia de este pueblo en las sabanas de Cundinamarca y Boyacá, ya que sólo estuvieron allí un máximo de cinco siglos, período demasiado corto para pensar que en su transcurso tuviera lugar la génesis de este arte. Más clara aparece, en cambio, la difusión de las piezas muisca, cuyos fabricantes comerciaban con los pueblos del Magdalena, de Antioquia, de Manizales y de otras zonas.

Muchos otros datos proporciona este importante trabajo, especialmente en lo relativo a la clasificación de las piezas tolimas y muiscas, el estudio de su tipología, la descripción de cada una, etc. Pero no hay aquí espacio para comentarlos. En conclusión, debe afirmarse que la obra —enriquecida con una bibliografía muy completa, un Apéndice sobre las falsificaciones, e índices analítico, de piezas, de láminas en color y de figuras— constituye una notabilísima aportación al conocimiento más completo de los pueblos y culturas prehispánicas de Colombia.

J. DELGADO

ROBERT WOODS BLISS COLLECTION: *Pre Columbian Art*.

Text and Critical Analyses by S. K. Lothrop, W. F. Foshag, Joy Mahler, London, Phaidon Press, 1957, 285 págs., 279 ils. y 3 mapas.

Mr. Robert Woods Bliss posee una de las mejores colecciones particulares de obras de arte precolombino. El libro constituye un catálogo de dicha colección, en el cual, y como introducción, tres especialistas: Lothrop, Foshag y Mahler hacen una breve revisión de los últimos datos conocidos acerca de las culturas representadas en la colección Woods Bliss y de los materiales usados en las distintas obras artísticas.

Esta introducción, aunque brevísima, es interesante para el profano que se complace en la belleza de las formas, ya que le facilita un cuadro general en el que acertadamente se señalan los rasgos característicos de cada cultura sudamericana, ayudándole por lo tanto en su apreciación.

Para especialistas o conocedores la obra constituye un buen auxiliar de trabajo a causa de su excelente aportación gráfica. En efecto, la obra constituye esencialmente tal vez la mejor y más espectacular colección de fotografías en negro y color —especialmente estas últimas— que se haya realizado acerca del arte precolombino y ello tanto por la excelente calidad artística de las piezas, como por el gusto depurado que ha regido la disposición de las fotografías, como por la exactitud de los tonos, que igual permiten apreciar la transparencia de un jade, que la misteriosa opacidad de una máscara realizada en piedra volcánica, o la gracia exquisita e incluso algo decadente de las tanagras en terracota de los mayas.

A continuación de la parte gráfica hay el catálogo de las piezas, con una breve descripción de las mismas, su localización y dimensiones.

CARMEN HUERA

VIVANCO, Julián: *Los indios palafíticos de Cuba y los dujos o metates*. Imp. Belascoain. La Habana 1956, 61 págs.

Siempre en el mismo afán de incursiones en los diversos campos especialistas del americanismo, Julián Vivanco nos ofrece otro más de sus trabajitos, siempre útiles aunque sólo sea por las noticias que difunde, con su mayor voluntad de aportación. Para el presente estudio se basa en los hallazgos de J. Coscurella, en la Ciénaga de Zapata (Cayo de las Estacadas, Laguna del Tesoro) de numerosos pilotes, simétricamente colocados, como un tablero de ajedrez, restos de una remota población palafítica de Cuba, para deducir una prueba evidente de la presencia de población arawak (la taina) en la parte de la Gran Antilla, que, según las noticias que dio el P. Las Casas del pueblo palafítico de Carahate, pudo ser conocida por los conquistadores. El autor, ante la repetición del mismo tipo de construcciones en el Maracaibo que encontró Ojeda, en la Florida y en el delta del Orinoco (los guaraunos), afirma su parentesco común.

Por la existencia de hachas petaloides, de piedras perforadas y de un plato esculpido en madera de guayocan, considera irrefutable la tesis taina, como capa de población que se superpuso a la siboney, constructora de los "mounds", población taina o arawak que estima procedente de la Guajira, ya que el término "goajiro" se aplica, cree el autor que como recuerdo, a la población del campo, aspecto éste de su explicación que consideramos demasiado endeble. Con relación al tipo de construcción palafítica tampoco es demasiado convincente, pues es un fenómeno neolítico muy generalizado, que no depende del tipo de población, sino de un modo de vida y, especialmente, de unas condiciones geográficas que siempre se imponen cuanto más "natural" es la capa